

Jane Austen

La abadía de Northanger

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Northanger Abbey*

Primera edición: 2013

Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2013

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-610-2

Depósito legal: M. 20.869-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Anuncio de la autora de <i>La abadía de Northanger</i>
11	Capítulo 1
18	Capítulo 2
27	Capítulo 3
35	Capítulo 4
41	Capítulo 5
47	Capítulo 6
54	Capítulo 7
66	Capítulo 8
77	Capítulo 9
91	Capítulo 10
106	Capítulo 11
119	Capítulo 12
128	Capítulo 13
141	Capítulo 14
155	Capítulo 15
169	Capítulo 16
181	Capítulo 17
188	Capítulo 18
197	Capítulo 19
204	Capítulo 20
218	Capítulo 21
230	Capítulo 22

Índice

245	Capítulo 23
257	Capítulo 24
270	Capítulo 25
283	Capítulo 26
294	Capítulo 27
300	Capítulo 28
315	Capítulo 29
330	Capítulo 30
343	Capítulo 31

Anuncio de la autora de *La abadía de Northanger*

Este pequeño libro se concluyó en el año 1803 con la intención de que se publicase de inmediato. Se envió a un librero e incluso llegó a anunciarse su próxima aparición, pero ahí quedó todo sin que esta autora haya llegado nunca a saber por qué. Resulta sorprendente que un librero considerase que valía la pena comprar lo que no consideraba que valiese la pena publicar. No obstante, eso tampoco importa mucho a la autora ni al lector, salvo por la necesidad de hacer algún comentario sobre las partes del libro que, en los trece años que han transcurrido, han quedado relativamente obsoletas. Así pues, se ruega al lector que tenga en cuenta que han pasado esos trece años desde que se terminó y muchos más desde que se comenzó, y que durante ese tiempo algunos lugares, actitudes, libros y opiniones han sufrido considerables cambios.

Capítulo 1

Nadie que hubiese visto a Catherine Morland durante su infancia habría supuesto jamás que hubiera nacido para ser una heroína¹. Todo estaba en su contra: su situación en la vida, la personalidad de sus padres y su propia forma de ser y temperamento. Su padre era clérigo, lo cual no significaba que no estuviese reconocido en su labor ni que fuese pobre, y era un hombre muy respetable, pese a llamarse Richard² y a no haber sido nunca apuesto. Gozaba de una considerable independencia económica además de contar con dos buenos beneficios, y no era en

1. La heroína de las novelas góticas que tan en boga estaban en la década de 1790, cuando Austen escribió la presente novela, y que satiriza en ella, en este caso contrastando a Catherine con las características habituales de las protagonistas de los libros de dicho género. (N. del T.)

2. Austen bromea con el nombre de Ricardo III, el malvado rey inmortalizado como tal por Shakespeare en su obra del mismo título. (N. del T.)

absoluto aficionado a tener encerradas en casa a sus hijas. Su madre era una mujer práctica y razonable, de buen carácter y, lo que era más digno de destacar, buena constitución. Había tenido tres hijos antes de que naciera Catherine y, en lugar de morir al traer a ésta al mundo, como habría esperado cualquiera, siguió con vida e incluso tuvo seis hijos más, para verlos crecer a su alrededor mientras continuaba disfrutando de una excelente salud. Siempre se considera que una familia de diez hijos es distinguida mientras no les falte alguna cabeza, brazo o pierna, pero los Morland tenían poco más que les permitiera poder arrogarse tal calificativo, ya que, en general, eran poco agraciados, y Catherine, durante muchos años de su vida, lo fue tan poco como el que más. Tenía una figura delgada y desgarbada, la tez cetrina y sin color, el pelo moreno y lacio y unos rasgos demasiado marcados; eso en cuanto a su aspecto físico, pero su mente tampoco parecía muy propicia al heroísmo. Le gustaban los juegos de chicos, y prefería el cricket a, no sólo ya las muñecas, sino también los entretenimientos más heroicos de la infancia como son criar a un lirón, alimentar a un canario o regar un rosal. Lo cierto es que no le interesaban nada los jardines, y si alguna vez cogía flores, era principalmente por el gusto de hacer una maldad, o al menos eso parecía deducirse del hecho de que siempre prefiriese aquellas que le habían prohibido arrancar. Tales eran sus inclinaciones, mientras que sus aptitudes iban por el mismo camino. Era incapaz de aprender o entender nada si no se lo enseñaban primero, y a veces ni eso, pues a menudo no prestaba atención y de vez en cuando podía llegar a ser bastante torpe. Su madre tardó

tres meses en conseguir enseñarle que repitiese «La súplica del mendigo»¹, e, incluso así, la hermana que la seguía, Sally, sabía recitarla mejor que ella. Tampoco es que Catherine fuese siempre torpe ni mucho menos, pues se aprendió la fábula de «La liebre y sus muchos amigos»² tan rápidamente como cualquier otra niña inglesa. Su madre quería que estudiase música, y Catherine, convencida de que le iba a gustar, pues era muy aficionada a tocar las teclas de la vieja espineta de casa a la que nadie hacía caso, comenzó cuando tenía ocho años. Al cabo de un año ya no lo soportó más, y la señora Morland, que no se obstinaba en que sus hijas tuviesen una formación completa si carecían de las aptitudes o del interés necesarios, le permitió que lo dejara. El día que despidió al maestro de música fue uno de los más felices de la vida de Catherine. Su gusto para el dibujo tampoco era muy excelso, por más que, siempre que podía conseguir el exterior de una carta de su madre o cualquier otro pedazo de papel, hacía lo que podía en ese campo, dibujando casas y árboles o gallinas y pollos, todos los cuales se parecían mucho entre sí. A escribir y contar la enseñó su padre, y francés su madre; su grado de competencia en todos esos conocimientos no era muy notable, y eludía las clases siempre que podía. Mas, qué carácter más extraño e impredecible el suyo, pues, pese a todos esos síntomas de libertinaje que mostraba a los diez años, no tenía ni mal corazón ni mal temperamento, rara vez era

1. El primer poema de *Poems on Several Occasions* (1769), de Thomas Moss. (*N. del T.*)

2. Una de las varias fábulas escritas por John Gay en 1727. (*N. del T.*)

testaruda, casi nunca peleona y se portaba muy bien con los más pequeños, con escasos momentos de tiranía hacia ellos. Además, era ruidosa y alocada, odiaba el refinamiento y la limpieza, y no había nada que le gustase más en el mundo que tirarse rodando por la verde cuesta que había detrás de su casa.

Así era Catherine Morland a los diez años. A los quince, su aspecto ya se estaba arreglando; comenzó a rizarse el pelo y a anhelar poder asistir a bailes; su tez mejoró, sus rasgos se suavizaron gracias a estar más rolliza y a tener más color, sus ojos ganaron viveza y su figura prestancia. Su gusto por la suciedad dio paso a cierta tendencia al refinamiento, y se fue volviendo limpia conforme se volvió elegante, llegando a veces a tener la satisfacción de oír a sus padres comentar lo mucho que estaba mejorando. «Catherine se está haciendo una joven bastante atractiva, hoy casi se la ve guapa», eran palabras que llegaban a sus oídos de vez en cuando y que recibía con mucho agrado. El parecer *casi* guapa es un cumplido mucho mayor para una chica que se ha pasado los primeros quince años de su vida siendo poco agraciada que cualquiera que pueda recibir jamás quien haya sido una belleza desde la cuna.

La señora Morland era una mujer muy buena que quería que sus hijos fuesen todo lo que debían ser, pero estaba tan ocupada poniéndose de parto y enseñando a los más pequeños, que, inevitablemente, sus hijas mayores tenían que arreglárselas por sí mismas, por lo que tampoco era muy de extrañar que Catherine, que por naturaleza no era de disposición heroica, prefiriese a los catorce años el cricket, la pelota, montar a caballo o correr por el campo a los libros, o al menos a los libros que fue-

sen instructivos; pues, a condición de que no se pudiese obtener ninguna información útil de ellos y sólo contuviesen relato y nada de reflexión, nunca tuvo la menor objeción a los mismos. Sin embargo, entre los quince y los diecisiete años estuvo preparándose para ser una heroína, para lo cual se leyó todas las obras que éstas han de leer para proveer a sus mentes de las citas que les son tan útiles y relajantes mientras se enfrentan a las vicisitudes de sus emocionantes vidas.

De Pope, aprendió a censurar a los que

se pasean por ahí fingiendo duelo¹.

De Gray, que

muchas flores nacen para desarrollarse invisibles,
y desperdiciar su fragancia en el aire del desierto².

De Thomson, que

deliciosa es la tarea
de enseñar a la nueva idea a brotar³.

Y de Shakespeare obtuvo un gran arsenal de información, entre la que se encontraba que

1. Del poema de Alexander Pope «To the Memory of an Unfortunate Lady». (N. del T.)

2. Del poema más famoso de Thomas Gray, *Elegía escrita en un cementerio de aldea* (1751). (N. del T.)

3. Del poema más célebre de James Thomson, *Las estaciones* (1726-1730). (N. del T.)

la sombra más vana, la más ligera sospecha
son para un celoso irrecusables pruebas¹.

Y que

el pobre escarabajo que pisamos
sufre tan crueles congojas
como un gigante al morir².

Además de que una joven enamorada siempre tiene el
aspecto de

la paciencia sentada en un sepulcro
que al dolor sonrío³.

Hasta ahí sus progresos eran suficientes, y en otros muchos puntos bastante destacados, pues, aunque no sabía escribir sonetos, se obligaba a leerlos, y aunque no parecía muy probable que fuese a entusiasmar a un auditorio interpretando al pianoforte un prelude compuesto por ella, podía escuchar lo que tocaban otros sin cansarse mucho. Lo que peor se le daba era el lápiz, ya que no tenía talento alguno para el dibujo, hasta el extremo de que ni siquiera podría haber intentado realizar un esbozo del perfil de su amado para que después se pudiese identificar de quién se trataba. En eso estaba lamentablemente muy por debajo de la auténtica altura heroica. De mo-

1. *Otelo*, III, iii. (N. del T.)

2. *Medida por medida*, III, i. (N. del T.)

3. *Noche de reyes*, II, iv. (N. del T.)

mento ella no era consciente de tal deficiencia, ya que no tenía ningún amado al que retratar. Había alcanzado la edad de diecisiete años sin haber visto ni a un solo joven agradable que hubiese desatado su sensibilidad; sin haber inspirado ninguna pasión real ni tan siquiera haber provocado ninguna admiración, salvo de orden muy moderado y transitorio. Eso no dejaba de ser muy extraño, pero por lo general las cosas extrañas se pueden explicar si se busca bien su causa. No había ni un solo lord en la localidad; no, ni siquiera un baronet. No había ni una familia entre sus conocidos que hubiese criado a un chico al que hubieran encontrado por casualidad ante su puerta, ni un solo joven cuyos orígenes fuesen desconocidos. Su padre no tenía ningún pupilo, ni hijos el hacendado del lugar.

No obstante, cuando una joven está destinada a convertirse en una heroína, no hay nada que la perversidad de las cuarenta familias que la rodean pueda hacer para evitarlo. Algo tenía que ocurrir para que se cruzase un héroe en su camino.

Al señor Allen, dueño de la propiedad más grande de Fullerton, el pueblo del condado de Wiltshire en que vivían los Morland, le recomendaron que fuese a los baños de Bath para tratarse de la gota que padecía; y su esposa, una afable dama que le tenía cariño a la señorita Morland, y que probablemente era consciente de que, si a una joven no le acontecían aventuras en su pueblo, tendría que irse a buscarlas a alguna otra parte, invitó a ésta a que los acompañase. Y los señores Morland dieron su conformidad e hicieron a Catherine muy feliz.

Capítulo 2

Además de lo ya dicho sobre los atributos personales y mentales de Catherine Morland, hemos de añadir, ahora que estaba a punto de lanzarse a todas las dificultades y peligros que implica una estancia de seis semanas en Bath, y para una mejor información del lector, no sea que las siguientes páginas le hagan concebir una idea errónea del verdadero carácter de la joven, que era muy cariñosa, de natural alegre y abierta, sin engreimiento ni afectación de ningún tipo –pues sus modales acababan de desprenderse de la torpeza y timidez propios de una chica joven–, de presencia agradable y, cuando estaba bien arreglada, hasta bonita, y mente tan ignorante y poco informada como lo suele estar la de cualquier fémina a los diecisiete años.

Conforme se acercaba la hora de la partida, era de suponer que la preocupación maternal de la señora Morland se iría acrecentando. Un millar de presentimientos

alarmantes sobre todos los males que podrían acaecer a su querida Catherine en el transcurso de esa terrible separación debían de agobiarla, entristecerla y sumirla en el llanto durante los últimos uno o dos días que estuvieran juntas, y, por supuesto, de sus sabios labios habrían de salir los consejos más importantes y pertinentes en la conversación de despedida que mantuviesen en su gabinete. En un momento así, todo tipo de advertencias contra los ataques violentos de los nobles y baronets que se deleitaban en llevar a jovencitas por la fuerza a alguna remota granja sin duda aliviarían su pesadumbre. ¿Quién no pensaría eso? Sin embargo, la señora Morland sabía tan poco de lores y baronets que no tenía la menor idea de la malicia de éstos, ni albergaba sospecha alguna de que su hija fuese a correr peligro por culpa de sus maquinaciones. Sus advertencias se limitaron a los siguientes puntos: «Te ruego, Catherine, que te abrigues siempre muy bien el cuello cuando salgas por la noche de los salones, y quiero que intentes llevar las cuentas del dinero que gastas, para lo que te entrego esta libreta».

Sally, o más bien Sarah (pues, ¿qué joven refinada no alcanza los dieciséis años sin cambiarse el nombre todo lo que pueda?), tenía que ser en esa época, por el puesto que ocupaba en la familia, la amiga íntima y confidente de su hermana. No obstante, resulta sorprendente que ni insistiera en que Catherine le escribiese en cada correo ni le extrajera la promesa de que le mandaría una descripción detallada de cada nueva persona que conociera y de cada conversación interesante que escuchase en Bath. De hecho, los Morland se tomaron todo lo relacionado con tan importante viaje con un grado de modera-

ción y compostura que concordaba con los sentimientos propios de la vida corriente, más que con las refinadas susceptibilidades y las tiernas emociones que debería provocar la primera separación de una heroína de su familia. Su padre, en lugar de decirle que había dado órdenes a su banquero de que le entregase todo el dinero que pidiera, o incluso de ponerle un billete de cien libras en la mano, tan sólo le dio diez guineas y le garantizó que le enviaría más si le hacía falta.

Bajo tan poco prometedores auspicios, tuvo lugar la despedida y emprendieron viaje. Lo realizaron con la debida tranquilidad y sin incidentes. No hubo ni ladrones ni tempestades que saliesen en su ayuda, ni ningún afortunado imprevisto que les permitiera conocer al héroe. El único momento de inquietud fue cuando la señora Allen creyó haberse dejado los zuecos para el barro en una posada, lo cual, afortunadamente, resultó ser un miedo infundado.

Y llegaron a Bath. Catherine no cabía de gozo y no dejaba de mirar a todas partes, conforme se acercaban a aquella elegante y asombrosa ciudad y después atravesaban las calles que conducían a su lugar de residencia. Había ido allí a ser feliz y ya se sentía así.

Pronto estuvieron instalados en un agradable alojamiento de Pulteney Street.

Conviene ahora que describamos a la señora Allen, para que el lector pueda juzgar de qué modo sus acciones ayudarán a promover, de aquí en adelante, el tono general de aflicción de esta obra, y cómo es muy probable que contribuya a sumir a Catherine en toda la desdicha más exacerbada de la que el último volumen de un

libro es capaz, ya sea por su imprudencia, vulgaridad o celos, o porque intercepte las cartas de aquélla, la difame o la eche de casa.

La señora Allen pertenecía a esa numerosa clase de mujeres que, cuando se las trata, sólo producen sorpresa porque haya habido algún hombre que se haya sentido atraído por ellas hasta el punto de desposarlas. No tenía ni belleza, ni carácter, ni cualidades ni buenos modales. Lo único que podía justificar que hubiese sido elegida por un hombre sensato e inteligente como el señor Allen era cierto aire distinguido que poseía, un temperamento bastante tranquilo y reposado y una mente insignificante. En cierto sentido, era la persona idónea para presentar a una joven en sociedad, ya que a ella misma le encantaba tanto como a cualquier jovencita ir a todas partes y verlo todo. Su gran pasión era su vestuario. Nada la deleitaba más que el inofensivo gusto de ir bien vestida, por lo que la entrada de nuestra heroína en la vida social de Bath no pudo tener lugar hasta después de tres o cuatro días de su llegada, durante los cuales su acompañante se estuvo enterando de lo que más se llevaba y se hizo un vestido a la última moda. La propia Catherine también aprovechó ese tiempo para hacer algunas compras, y, una vez resueltos todos esos asuntos, llegó la importante velada en que iba a hacer su aparición en los Salones Nuevos. Las mejores manos le arreglaron el pelo, la vistieron con sumo cuidado, y tanto la señora Allen como la doncella de ésta afirmaron que tenía un aspecto espléndido. Con esos ánimos, Catherine esperaba al menos pasar entre la multitud sin ser criticada. En lo que respectaba a ser admirada, lo recibía bien cuando ocu-

rría, pero tampoco era algo de lo que estuviese pendiente.

La señora Allen tardó tanto en vestirse que no llegaron a los salones hasta bien tarde. Era plena temporada, por lo que aquéllos estaban abarrotados y las dos damas tuvieron que entrar como mejor pudieron. En cuanto al señor Allen, se dirigió directamente a la sala de juego y las dejó para que disfrutasen de la muchedumbre por sí solas. Preocupándose más de la seguridad de su nuevo vestido que de la de su protegida, la señora Allen se abrió paso entre la multitud de hombres que había cerca de la puerta con toda la rapidez que le permitieron las precauciones que tenía que tomar con respecto a sus galas, mientras que Catherine, por su parte, se mantuvo tan pegada a su amiga, y se cogió con tanta fuerza del brazo de ésta, que habría sido imposible que se hubiesen separado por culpa de los forcejeos de la congregación. Sin embargo, y para su gran sorpresa, descubrió que avanzar por la estancia no era en absoluto el modo de apartarse de la muchedumbre, la cual parecía, por el contrario, ir aumentando conforme continuaban, mientras que ella había supuesto que, una vez que hubiesen rebasado la entrada, encontrarían asientos con facilidad y podrían ver los bailes a su gusto. Mas eso distaba mucho de ser el caso, y, aunque con incansable diligencia consiguieron llegar al centro del salón, su situación continuó siendo la misma, sin que pudieran ver nada de los danzantes a excepción de las altas plumas de los tocados de algunas damas. No obstante, siguieron avanzando, siempre con la esperanza de encontrar un lugar mejor, y, tras un prolongado derroche de fuerza e ingenio, alcanzaron al fin el

pasillo de detrás de la fila de asientos más alta. Allí había algo menos de gentío que abajo, y desde esa posición la señorita Morland pudo disfrutar de una panorámica general de los asistentes y de todos los peligros que habría podido correr al pasar entre ellos. Era una vista espléndida y, por primera vez esa noche, comenzó a sentir que estaba en un baile. Ansiaba bailar, pero no conocía a nadie. La señora Allen hizo todo lo que pudo a ese respecto, repitiéndole en tono muy apacible de vez en cuando: «Me encantaría que pudieras bailar, querida. Me encantaría que encontraras pareja». Durante algún tiempo su joven amiga le estuvo muy agradecida por tales deseos, pero se los repitió tan a menudo, y demostraron ser tan poco efectivos, que Catherine terminó por cansarse y dejó de darle las gracias.

Sin embargo, no pudieron disfrutar durante largo tiempo del reposo que les permitía esa situación de eminencia que con tanto esfuerzo habían logrado. Al poco, todo el mundo se puso en movimiento para tomar el té, de manera que ellas tuvieron también que apretujarse como los demás. Catherine comenzó a sentirse un tanto decepcionada, ya que estaba harta de que la empujasen continuamente contra otras personas, la mayoría de cuyos rostros no poseían ningún interés y a quienes no conocía en absoluto, por lo que tampoco podía aliviar lo irritante de aquel encarcelamiento intercambiando unas palabras con alguno de sus compañeros de cautiverio. Y cuando al fin llegaron al salón de té, sintió aún más lo violento que era no tener ningún grupo al que unirse, ni ningún conocido al que saludar, ni ningún caballero que acudiese a asistirles. Del señor Allen no había ni rastro y,

tras mirar en vano por todas partes en busca de un lugar más idóneo, hubieron de sentarse al final de una mesa que ya ocupaba un grupo bastante numeroso, sin que tuviesen nada que hacer allí ni nadie con quien hablar, salvo entre sí mismas.

En cuanto se sentaron, la señora Allen se congratuló de haber conseguido proteger su vestido de cualquier daño.

—Habría sido horrible que lo rasgaran, ¿verdad? —dijo—. Es de una muselina tan delicada... Desde luego te aseguro que no he visto ninguno que me gustara más en todo el salón.

—Qué violento resulta no conocer a nadie aquí —susurró Catherine.

—Sí, querida —contestó la señora Allen con total serenidad—, la verdad es que es muy violento.

—¿Y qué vamos a hacer? Las damas y los caballeros de esta mesa nos miran como si se preguntaran qué hacemos aquí, porque parece que estemos imponiéndoles nuestra presencia.

—Sí, eso es lo que parece, y resulta muy desagradable. Me encantaría que conociésemos a mucha gente aquí.

—Yo me conformaría con que conociésemos a alguien, y así tendríamos con quien hablar.

—Muy cierto, querida. Desde luego, si conociésemos a alguien nos uniríamos a ellos enseguida. Los Skinner estaban aquí el año pasado. Ojalá estuvieran ahora.

—Y, ya puestos, ¿no sería mejor que nos fuéramos? Es que aquí ni siquiera tenemos nada para tomar el té.

—No, no lo hay. ¡Y mira que es indignante! Pero, de todas formas, creo que lo mejor es que nos quedemos aquí

tranquilas, porque los zarandeos que se lleva una en medio de una multitud así son insoportables. ¿Cómo me ves el peinado, querida? Alguien me ha dado tal empujón que creo que me lo debe de haber desbaratado todo.

—No, no, lo lleva muy bien. Pero, mi querida señora Allen, ¿está segura de que no conoce a nadie entre todo este gentío? Yo creo que sí que tiene que conocer a alguien.

—Te doy mi palabra de que no, y mira que me gustaría. Desearía de corazón que hubiese aquí muchas personas a las que conociera, y así te podría conseguir una pareja de baile. ¡Me alegraría tanto que pudieses bailar! ¡Mira a esa mujer tan rara de ahí! ¡Qué vestido tan extraño que lleva! ¡Y qué anticuado que es! ¡Fíjate en la espalda!

Al cabo de un rato, uno de sus vecinos de mesa les ofreció una taza de té, que aceptaron muy agradecidas, y eso dio pie a una breve conversación con el caballero en cuestión que fue la única vez que alguien les habló en toda la noche, hasta que el señor Allen las localizó y se unió a ellas cuando terminó el baile.

—Bueno, señorita Morland —dijo en cuanto apareció—, espero que haya pasado una velada agradable.

—Muy agradable, sin duda —contestó ella mientras intentaba disimular en vano un enorme bostezo.

—Ojalá hubiese podido bailar —dijo su esposa—. Ojalá le hubiésemos podido encontrar pareja... Le estaba diciendo lo mucho que me alegraría que estuviesen aquí los Skinner este invierno en vez del pasado; o si hubiesen venido los Parry, como comentaron una vez que tenían intención de hacer, podría haber bailado con George Parry. ¡Cuánto lamento que no haya tenido pareja!